

Tomando, pues, por incógnitas las tensiones de las barras y las reacciones de los apoyos suprimidos, se tienen, por la Estática, las tensiones y reacciones de todos los demás, en función de las fuerzas exteriores y de las tensiones y reacciones desconocidas.

(Se continuará.)

MEMORIA SOBRE EL RENACIMIENTO,

POR

DON TEODOSIO ALONSO PESQUERA

INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS.

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE VALLADOLID.

(Continuación.)

El Licenciado Juan de las Roelas (1558 á 1625), procuró cambiar las tradiciones de la escuela romana, introduciendo el vigoroso colorido veneciano, siendo además maestro de una de las glorias de Sevilla, de Zurbarán (1598 á 1662) «*pintor del Rey y rey de los pintores*», como delicadamente le llamó Felipe IV, si bien, á imitación de Ribera, con quien tiene no poca analogía, fué más dócil que á las enseñanzas de Roelas á los consejos de Caravaggio, á quien superó en elevación de estilo y dignidad de sentimiento. Mas años antes había ya comenzado la época brillante de la pintura sevillana: los Castillos (Agustín, Juan y Antonio); pero sobre todo Juan (1584 á 1640), impresionado con las obras de Roelas, rompió las costumbres escolásticas, agrupando las figuras con sencillez, copiando del modelo vivo, no pidiendo sus tipos sino á la naturaleza, y hasta colocando, con escándalo de Pacheco, accesorios de la vida doméstica en sus cuadros religiosos, cabiéndole también la indiscutible gloria de ser el inspirador de los mayores artistas de su patria, pues dió lecciones á Murillo, Pedro Medina, Alonso Cano y Pedro Moya. Y al mismo tiempo aparece Herrera el Viejo, «*figura sombría, apasionada, trágica y casi terrible en su grandiosa rudeza*», como dice Lefort. No sufriendo consejo de maestros y despreciando la tradición de los sectarios de Vargas, sólo desea el modo de traducir sus impetuosas impresiones; no trata de agradar, sino de conmover. Si alguno pudo influir en su carácter independiente fué Roelas, á quien imitó por su vigoroso colorido, teniendo además un dibujo tan acentuado y una ejecución tan firme que, según el distinguido crítico T. Thore (1), ni Caravaggio ni Ribera excedieron jamás. A la vez Pacheco (1571 á 1651),

(1) *Études sur la peinture espagnole*. París, 1835.

más conocido por sus escritos que por sus cuadros, publica el *Arte de la pintura*, obra mirada como clásica por los artistas, y distinto en un todo del insociable Herrera, hace de su casa, llamada «la prisión dorada del arte», un centro donde se reúnen los sabios, los poetas, los oradores y cuantos literatos ó ilustres artistas cruzaban entonces por Sevilla. Y, por último, el gran Murillo (1618 á 1682), gloria de España y envidia del mundo entero, uniendo al sentimiento de la realidad la poesía del alma de un creyente, todo lo abarca, todo lo comprende, desde los sublimes transportes del éxtasis hasta el ardor del sensualismo, mostrándonos en la *Muerte de Santa Clara* y *Santiago con los pobres*, y la *Huida á Egipto*, y la *Escena de bandidos*, que sabe maravillosamente combinar los estilos de Rubens, Tiziano, Van-Dyck, Ribera y Velázquez, y creándose al fin uno suyo propio, que ha de ser apreciado cual ninguno (1). Feliz época ésta para el arte, cuando sólo en Sevilla 60 conventos y numerosas iglesias se disputaban las obras de Murillo y de su competidor Valdés Leal (1630 á 1691), más dotado de talento que de bondad de corazón, y en que los concursos públicos y certámenes anuales tenían que juzgar las obras del orgulloso Herrera el Mozo, y del paisajista Iriarte, y de Francisco Meneses Osorio (1630 á 1705?), que pintaba con Murillo y tuvo el peligroso honor de terminar su célebre *Casamiento místico de Santa Catalina*, desquitándose gallardamente de su empeño, y del caballero Pedro Núñez de Villavicencio, que recibió en sus brazos el último suspiro del gran genio, y de Alonso Tobar, su mejor imitador, y de tantos otros que elevaron la escuela sevillana á una gloriosa altura, de la que bien pronto debía descender. Mas no adelantemos las ideas y vayamos á otro punto, que reclama ya nuestra atención.

Tuvo Granada sus pintores, que, si pocos en número, fueron en cambio muy buenos, influyendo sus talentos aun en la misma escuela sevillana. Figuran como sus maestros Alonso Cano (1601 á 1667) y Pedro Moya (1610 á 1666). De carácter violento y fiero, pero de alma generosa, pasó Alonso una vida agitada, que terminó haciéndose racionero de la catedral de su ciudad natal. Mas su estilo está en completa oposición con su persona; sabio y templado, aunque apasionado de Miguel Ángel, jamás participó de las exageraciones de su escuela, y así sus cuadros como sus esculturas, tienen un dibujo muy puro, que hace siempre recordar el arte griego, pareciéndose á los venecianos al moldear el desnudo, si bien con menos fuerza de color. Fué Pedro Moya soldado de los famosos tercios de Flandes, y manejando, ora el pincel, ora el mosquete, tan pronto se le veía en

(1) La *Concepción*, que cuando la guerra de la Independencia nos llevó el mariscal Soult, se vendió al museo del Louvre en 615,300 francos.

las iglesias y museos copiando los cuadros de los mejores autores flamencos, como luchando bravamente en los campos de batalla. Atraído por las obras de Van-Dyck, marchó á Inglaterra al lado de este maestro, que cobró afición *al joven español*, encantado de su energía y entusiasmo á la par que de su ejecución precisa y fácil, haciendo en poco tiempo muy rápidos progresos. Vuelto á Sevilla al morir su protector, todos los artistas le rodearon asombrados, y en especial Murillo, pobre aún é ignorante, se sorprendió al ver el brillante colorido de las copias de Van-Dyck y resolvió trasladarse á Italia y Flandes, si bien no necesitó tan largo viaje para admirar los lienzos de este artista, pues Velázquez en Madrid le abrió las puertas de museos y palacios, pudiendo así conocer las obras de los maestros italianos y flamencos. Retirado Moya á Granada, llegó con él lo único que á su escuela le faltaba, *el color*; de suerte que, ya después, veremos a Atanasio Bocanegra (1635 á 1688) y Juan Niño de Guevara, discípulos de Cano, y á Juan de Sevilla (1627 á 1695), que estudió con Moya, reunir el dibujo clásico y perfecto de Alonso Cano al brillante colorido flamenco, consiguiendo hacer que la escuela granadina, al mediar el siglo XVII, se contase entre las más florecientes de Europa.

Fué muy notable la escuela castellana, en la cual podemos considerar tres centros: Madrid, Toledo y el Escorial, diferenciándose de las otras por el gran número de extranjeros que en ella figuraron desde Tibaldi, que lució sus talentos en *las bóvedas de la Biblioteca del Escorial*, hasta el infatigable Giordano, atraídos á la Corte por la piedad y entusiasmo artístico de nuestros Reyes. Sin embargo, la mayor parte en nada influyeron sobre la marcha de la pintura, amoldándose ellos, por el contrario, al carácter y tendencias de la escuela española. Empezó la que estudiamos, al igual de sus hermanas de Valencia y Sevilla, usando una expresión sencilla y tímida con el divino Morales (1509 á 1586), el más espiritualista y austero de los maestros españoles, siguiendo después Alonso Sánchez Coello (1515 á 1590), discípulo de Antonio Moro, y como él, protegido de Felipe II, que en sus cartas le llamaba «*su muy amado hijo*». Amigo de los Cardenales y los Papas, y buscada su influencia por los personajes nacionales y extranjeros, se distingue principalmente por sus retratos, en los que muestra un estilo fino y delicado, pero recordando aún las tradiciones de las escuelas del Norte. Vino á animar nuestra pintura con su vigoroso colorido Juan Fernández Navarrete (*el Mudo*) (1526 á 1579), llamado el *Tiziano español*, que estudió con él en Venecia y se apropió mucho de su dibujo poderoso y atrevido. De su maestro Coello heredó Pantoja (1551 á 1610) su aptitud para los retratos, así como sus cargos y la protección de Felipe II, y por el mismo tiempo *el Greco* (1548? á 1625), de conocimientos muy extensos, laborioso como pocos y desarreglado en su vida como el que más, inicia

en Toledo la escuela realista y ascética, llevada por Orrente y Mayno á Valencia y Madrid, y propagada por su discípulo más querido Luis Tristán (1586? á 1640), que impresionó y dió lecciones á Velázquez, teniendo mucha influencia sobre los grandes maestros del siglo xvii, entre los que había de contar á los Ribera, los Zurbarán y los Valdés. Poco después (1585), Felipe II, en su constante deseo de embellecer el Escorial, trajo de Italia á Federico Zucheri, que vino acompañado del florentino Bartolomé Carduccio (1560 á 1608), y del boloñés Antonio Rizi (¿..... á 1610). Disgustado aquél de la gravedad de nuestra Corte se volvió pronto á Roma, quedándose los otros dos, que fueron muy apreciados, y dejaron estimables muestras de su talento. Tuvo el Rizi dos hijos, que profesaron la pintura: Fr. Juan (1595 á 1675), que llegó á Obispo, si bien la muerte no le permitió disfrutar su alta dignidad, y Francisco (1608 á 1685), muy conocido por su pasmosa facilidad y por las fantásticas decoraciones que improvisaba para el teatro del Buen Retiro. Con Bartolomé vino á España su hermano Vicencio (1578 á 1638), que educado entre la numerosa falange de artistas que entonces poblaba el Escorial, adquirió pronto independencia y se distinguió por su maravillosa ejecución, de que dió buena prueba en sus *bocetos sobre la vida de San Bruno*, escribiendo además los *Diálogos sobre la pintura*, el mejor y más sabio tratado en español de este asunto, en opinión de Ceán Bermúdez. Contó Vicencio entre sus mejores discípulos, además del Francisco Rizi ya citado, á Francisco Collantes (1599 á 1656), casi el único paisajista de la escuela castellana, é hizo partícipe de su estilo á su colaborador Eugenio Caxés.

Ya llegamos al célebre D. Diego Velázquez (1599 á 1660), y fuerza será detenernos en él, si no con el reposo que su ilustre personalidad artística merecía, al menos con la brevedad que esta ligera reseña nos consienta, pues forma nuestro héroe lugar aparte en el arte español y no podrá ser comprendido en las palabras, que á juzgar los caracteres de éste dedicamos. Nacido en Sevilla, y discípulo de Herrera *el Viejo*, no pudiendo resistir el intratable humor de su maestro, dejó su escuela por la del tímido preceptista Pacheco, quien le tomó gran cariño, casándose con una hija suya.

(Se continuará.)

MADRID: 1886.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GREGORIO JUSTE

Calle de Pizarro, número 15, bajo.